

I. MONOGRÁFICO

El modo universitario de entender la economía¹

Durante mucho tiempo la economía ha sido considerada una ciencia servil, a la que no se juzgaba digna de comparecer junto a disciplinas tan ilustres como la teología, la filosofía, el derecho o la medicina, que desde siempre habían constituido el corazón de las enseñanzas universitarias.

Aunque sea en el plano de lo anecdótico, un ejemplo de lo que acabo de decir es que, hasta hace poco tiempo, las llamadas "escuelas de negocios" han sido contempladas con una cierta sospecha por parte de las universidades, y –quitando honrosas excepciones– entre las que se encuentra precisamente la Universidad de Navarra, se las había mantenido de hecho en una especie de *ghetto*, apartadas del tronco principal de las disciplinas universitarias. Una prueba de lo que acabo de decir es que solo en tiempos muy recientes la universidad de Oxford decidió dar acogida en su seno a una escuela de ese tipo. También a título de simple anécdota jocosa añadiré que, dentro de esta nueva tendencia de integrar las escuelas de negocios en las universidades, se ha dado un caso que no deja de ser un tanto peculiar: ante la imposibilidad de ser acogida por alguna universidad, una de esas escuelas, de modo muy coherente con los principios pragmáticos que en ella se enseñan, decidió comprarse una, con lo cual abrió un nuevo e insospechado mercado de universidades.

¹ Versión reducida de la lección magistral que el profesor Martínez-Echevarría impartió el 9 de abril de 2014 en el Colegio Mayor Belagua, Pamplona, con motivo de la clausura del curso académico 2013-2014.



Dejando de lado los aspectos anecdóticos, lo que ha sucedido es que, a pesar de todas estas sospechas y abiertos rechazos, la economía ha acabado por abrirse camino y situarse, por méritos propios, casi en el centro mismo de los saberes universitarios. Si se vuelve la vista atrás, y no hace falta ir más allá de cincuenta años, el estudio del derecho era entonces en España el preferido por la mayoría de los estudiantes que ingresaban cada año en las aulas universitarias. Por contraste, en este curso pasado, de acuerdo con las estadísticas a las que he tenido acceso, en casi todas las universidades españolas los estudios de economía, y más en concreto los relacionados con el mundo de la empresa, se encuentran entre los más demandados por los estudiantes que se han incorporado a nuestras universidades. Lo cual constituye un síntoma más, aunque muy revelador, de que el problema económico ha pasado a ocupar un lugar muy importante en los modos de vida y en las preocupaciones de las gentes de nuestro tiempo.

Por otro lado, no hace falta estar dotado de especiales condiciones de observador de la realidad social para darse cuenta de que, en el debate político de nuestros días, al menos tal y como reflejan los medios de comunicación, los temas relativos a la economía han pasado a ocupar un espacio que en muchos casos puede calificarse, sin ningún género de dudas, de excesivo. No me sería muy difícil traer a colación algunos ejemplos de políticos, de todas las tendencias, que, al menos por sus declaraciones, parecen estar firmemente convencidos de que todos los problemas por los que atraviesa nuestra sociedad no son en el fondo más que de naturaleza económica. No deja de ser llamativo que algunos de ellos, que se consideran a sí mismos liberales amantes de la economía de mercado, sostengan posturas muy próximas



a la ruda tesis materialista que tiempo atrás había defendido Marx, según la cual, una vez que se logre dar solución definitiva al problema económico desaparecerá toda dificultad humana, con lo que la misma religión se hará innecesaria. Dicho de otra manera, parece como si, para esa clase de políticos, el hombre no fuera otra cosa que un estomago insatisfecho.

En cualquier caso, es innegable que en los últimos cincuenta años las condiciones de vida de todos los países del mundo, pero de modo especial los de Europa, han experimentado una mejora considerable. Pero tampoco se puede negar que, junto a esa mejora, de la que todos nos beneficiamos y estamos agradecidos, el problema económico ha tomado unas dimensiones y una complejidad hasta entonces desconocidas. Las mismas situaciones de crisis que en las últimas décadas hemos atravesado, y de algún modo seguimos atravesando, son manifestación de las importantes consecuencias e insospechadas transformaciones que ha experimentado la economía en estos últimos años. Unas crisis que no solo se han repetido con una frecuencia que empieza a ser inquietante, sino que además lo han hecho de un modo cada vez más extenso, y con una complejidad creciente, provocando fenómenos que por su novedad no son fáciles de diagnosticar, y menos todavía de resolver del modo más adecuado. Estos cambios estructurales y de escala, cuyas consecuencias a corto y largo plazo nunca son fáciles de predecir, solo podrán resolverse de modo satisfactorio si entre todos somos capaces de dotarnos de unos nuevos marcos culturales y políticos.

Por lo pronto, entre esas consecuencias se ha podido comprobar la creciente incapacidad de los Estados nacionales para hacer frente a los retos de esta nueva economía.



Desde finales del siglo XVIII hasta hace bien poco, parecía que la figura Ilustrada del Estado centralizado y burocrático se bastaba a sí misma para controlar y resolver los problemas que se planteaban en el tipo de economías crecientemente intervenidas y relativamente aisladas las unas de las otras. En la actualidad esas formas de Estados aparecen como estructuras cada vez más ineficientes para enfrentarse con los nuevos y complejos problemas surgidos del cambio acelerado en el proceso económico. Creo que se puede afirmar que las tan deseadas autonomía económica e independencia monetaria de las naciones-Estado cada vez parecen más difíciles de conseguir y mantener. De un modo u otro, más tarde o más temprano, todos los hasta hace poco considerados Estados soberanos están abocados a dejar de serlo, a perder partes importantes de su cada vez más ficticia soberanía para incorporarse –de una manera u otra– a las nuevas y emergentes organizaciones supraestatales. Lo cual, por otro lado, desde mi punto de vista, no constituye por sí mismo una garantía de éxito, pues todo depende de cómo se proceda a la construcción de los nuevos organismos que de modo inevitable han de ir sustituyendo poco a poco a las cada vez más decrepitas e insatisfactorias estructuras de poder de las naciones-Estado. Prueba de lo que acabo de decir son las muy graves dificultades que está atravesando la Unión Europea en su intento de dotarse de una estructura política compatible con los nuevos modos de plantearse el problema económico.

Desde luego no comparto la idea de que baste con un cambio de escala de la vieja y obsoleta estructura del Estado nacional, dando lugar a una especie de súper-Estado europeo. No creo que ésa sea la mejor solución a los problemas políticos planteados por la nueva dimensión y complejidad



de la economía de nuestro tiempo. Estoy mucho más de acuerdo con lo que ya en el siglo XVIII escribía Lord Shaftesbury en su *Essay on the Freedom of Witt and Humor*: que las comunidades auténticas, los gobiernos más humanos, los que pueden resolver los grandes problemas y retos de cada época, son los que respetan la autonomía de la multitud de comunidades que, entretrejidas, dan lugar a una gran sociedad de hombre libres. Sin olvidar, en este caso, que, en general, para los británicos gobierno y Estado no son una misma realidad.

Debajo de esta nueva y creciente dimensión universal del problema económico y político que, de un modo un tanto impreciso, se ha dado en llamar globalización, están surgiendo nuevos modos de llevar a cabo los procesos de financiación y de diseño de tecnologías. Se están produciendo fenómenos nuevos que, por su propia complejidad y tamaño, no resultan fáciles de entender y manejar. En cualquier caso, aunque ciertamente muchos de esos fenómenos presentan aspectos inquietantes, nada de esto debe asustarnos ni amedrentarnos, porque también ofrecen la posibilidad de un horizonte muy prometedor para un gran número de personas que, hasta este momento, habían permanecido como en la penumbra de la historia.

Precisamente por todos estos problemas, tanto positivos como negativos, que de manera tan esquemática acabo de esbozar, estoy firmemente convencido de que ha llegado el momento de que la Universidad abandone sus miedos y reticencias, y se decida a abrir de par en par sus puertas al estudio sereno y profundo de la inmensa complejidad con la que se nos presenta el problema económico de nuestro tiempo. Me parece que, una vez más, ha sonado la hora de que la



Universidad asuma su responsabilidad y demuestre que no ha perdido su juventud, que siguen en vigor los fines y principios que la dieron a luz hace ya muchos centenares de años. Solo desde dentro de ella puede brotar una vez más el espíritu de sabiduría capaz de transformar lo que puede parecer una amenaza paralizante en una excelente ocasión para avanzar hacia una sociedad más justa y más acogedora para todos. Solo el vigor del auténtico espíritu universitario puede ser capaz de domesticar y poner al servicio del hombre la fuerza descomunal que se encierra bajos los desafíos de los nuevos modos de plantearse el problema económico. Conviene no olvidar que ya Hegel se había dado cuenta de la amenaza que la economía representaba para el orden social surgido de la Revolución francesa, y que le llevó a calificarla de "bestia negra" de nuestra civilización. Descalificación que, en tonos distintos, pero no menos pesimistas, han repetido tanto Marx como Weber.

Es indudable que, con esa apertura que ahora reclamo, la Universidad puede correr graves riesgos, y que en algunos casos desgraciados será inevitable que se produzcan falsas aperturas, pero no deja de ser menos cierto que lo contrario, el encerrarse sobre ella misma, no solo sería una cobardía, una falta de lealtad con su vocación de maestría y señorío, sino el modo más seguro de caminar hacia su destrucción o irrelevancia. Como muy bien decía el gran poeta Hölderlin, allí donde está el peligro está también la salvación.

Por eso conviene aclarar que la apertura de la que estoy hablando no se limita a acoger en su seno a los estudios de la economía, sino que también procede a convertirlos en genuinos estudios universitarios, es decir, a darles unos nuevos y más profundos fundamentos antropológicos, o lo que es lo mismo, a convertirlos en ocasión de llegar a una visión



más amplia y más honda de la dignidad humana. Desde luego, por abrirse de la Universidad a la economía no entiendo limitarse pasiva y ciegamente a recoger sin discernimiento crítico doctrinas económicas surgidas de un estúpido pragmatismo miope y alicorto, donde a duras penas se logran ocultar intereses torpes y de muy corto recorrido, que además ni tan siquiera se corresponden con la realidad del problema económico con el que ahora tenemos que enfrentarnos.

Un ejemplo de falsa apertura sería la de aquellos que desde dentro y desde fuera propugnan que los estudios de economía que se imparten en la Universidad deberían limitarse a seguir los intereses de los que viven y actúan como si en esta vida no hubiese más éxito que el económico, sobre todo el que se mide en términos monetarios y cortoplacistas. Según estos, la función de las facultades y departamentos de economía debería limitarse a preparar a sus estudiantes para que lleguen a ser buenas piezas de una cada vez más acelerada y ciega maquinaria crematística. En otras palabras, se trataría de enseñarles a hacerse ricos y poderosos, a dotarles de los instrumentos para su propio triunfo y afirmación, ignorando o dejando de lado el dolor y la soledad de los que, sin culpa y sin pretenderlo, quedan excluidos de ese modo tan estrecho de entender la sociedad y la creación de riquezas.

Sin hacer demagogia, que en este caso resultaría además extremadamente fácil, las imágenes casi semanales de jóvenes muchachos africanos encaramados a las verjas y redes que les impiden entrar en nuestro mundo nos debe espolear a todos, pero de modo especial a los universitarios, para darnos cuenta de que nuestra tarea de ningún modo se puede



limitar a asegurar el bienestar futuro de los estudiantes que salen de nuestras aulas, sino que tenemos que hacer todo lo posible para crear una nueva economía en la que todos tengan cabida sin necesidad de pasar por el trance inhumano de la desesperación.

Antes de proseguir, tengo que hacer una clara advertencia, para que no se me entienda mal. Debo decir con toda claridad que en absoluto estoy en contra de la creación de riquezas, y menos todavía en contra de que los universitarios que salen de nuestras aulas puedan ganarse la vida dignamente. De lo que si estoy decididamente en contra es de un modo excluyente de crear riqueza. Me gustaría dejar muy claro que la creación digna y generosa de riquezas es siempre y fundamentalmente una tarea de apertura a los otros. Sostengo que no es posible crear riqueza de modo justo y honorable si no es dando entrada a los demás: es decir, haciéndolo con otros y para otros. Ni siquiera se trata de que cada uno gane su riqueza para luego dársela liberalmente a los demás; eso, en mi opinión, seguiría siendo una visión todavía muy deficiente de lo que es la creación de riquezas. Lo importante es que cada uno sea consciente de que para crear riqueza es necesario que otros la puedan crear y compartir conmigo.

Volviendo al hilo principal, debo decir que la tarea y finalidad de la enseñanza universitaria de la economía no es someterse a las pobres ideas de aquellos que viven encerrados en un oscuro y estrecho pragmatismo. En mi opinión, de los que piensan que la Universidad debe ponerse al servicio de lo que de un modo un tanto confuso y bastardo llaman mercado, se puede decir que no solo tienen una idea falsa y mal intencionada de esa noble realidad humana que es el mercado, sino que, lo que todavía es peor, ignoran de modo



palmario el sentido y la finalidad de esa realidad humana, todavía mucho más noble, que es la institución universitaria. En muchos casos esas personas no son más que escépticos, nihilistas postmodernos que se niegan a admitir la existencia de una verdad perenne. Eso explica que, también para ellos, como para muchos políticos, el único problema de la universidad sea su propio éxito económico. Por eso no tiene nada de extraño que, además, sostengan que los problemas de la Universidad solo se resolverán con más dinero.

Es más propio de los economistas universitarios enseñar que las riquezas y el dinero no son previos al espíritu, sino su consecuencia y manifestación más directa. A muchos parece que se les ha olvidado, o que nunca lo han pensado, que lo más difícil no es conseguir dinero, sino descubrir un ideal por el que valga la pena entregar la propia vida. A los admiradores del falso éxito económico, el que se logra sin competencia y sin esfuerzo, sin cambiar a mejor el carácter de los que lo llevan adelante, parecen ignorar que en todas las empresas que salen adelante lo primero no fue el dinero, sino el ideal que llevó al emprendimiento, al trabajo bien hecho, el que hace posible la construcción entre todos de una sociedad mejor. No se me va de la cabeza el comentario de un colega de una muy prestigiosa institución que, mientras nos mostraba la fecunda y amplia tarea de investigación que llevaban allí adelante, ante el comentario de alguien que dijo: "¡cómo se nota que vosotros tenéis muchos medios!", respondió con una sonrisa: "no te engañes, lo que nosotros tenemos es un fin ilusionante que todos compartimos".

Abrir, por tanto, la Universidad a la economía supone no adoptar una postura intelectualmente encogida y timorata, una actitud a la defensiva. Se trata más bien de estar dispuestos a enfrentarse con la ardua tarea de buscar las cau-



sas más profundas de las que brotan los retos que plantea la nueva y desconocida dimensión del problema económico. No basta con limitarse a repetir, con mejor o peor conciencia, fórmulas caducas que han demostrado ser falsas y estar alejadas de la realidad del problema. Unas fórmulas que, en la mayoría de los casos, ni los mismos que las enseñan serían capaces de justificar adecuadamente. Mucho menos puede decirse que sea universitaria una enseñanza de la economía que se limite a entrenar en el manejo de instrumentos técnicos de cálculo, de manipulación y control, sin entrar de lleno en lo más hondo de las aspiraciones humanas. Enseñar economía con sentido universitario es acompañar y empapar el dominio de las técnicas con una comprensión honda de quién es el hombre y la dignidad que le corresponde.

Persistir en los momentos presentes en una enseñanza tecnicista de la economía sería, desde mi punto de vista, confirmar la sombría advertencia lanzada por Nietzsche en 1888 en el prefacio de su último libro, *La voluntad de poder*. Decía así: "la fuente del nihilismo de nuestros días, expresión acabada del agotamiento del proyecto ilustrado, es consecuencia de haber reducido toda la profundidad del pensamiento a la insustancial levedad de la racionalidad y el cálculo".

Pienso que ha llegado el momento de ir más allá de un enfoque intelectualista o epistemológico del problema económico, de ir más allá de la estéril búsqueda de algo así como una gran solución técnica, un gran modelo omnicomprendivo y omniabarcante, diseñado por una mente excepcional, la de un sabio solitario encerrado en su gabinete. Entiendo que la economía es un saber prudencial que se resiste a quedar encerrado y como disecado en la estrechez de ese tipo de pretendidas soluciones universales y abstractas. Se trata más bien de una realidad viva que se realiza en



la concreción y singularidad irrepetible de la acción humana que solo es posible en ese conjunto de comunidades concretas que, de modo multiarticulado, componen una sociedad libre.

Crear que una realidad vital ligada a la marcha de la historia, como es la continua evolución del problema económico, puede ser dominada por la soledad de una mente pensante es una falsedad y un desatino. Una economía como la de nuestros días, en continuo cambio, de ningún modo se puede atrapar mediante débiles y nebulosos esquemas intelectualistas, sueños de la razón, que acaban por engendrar monstruos.

Ante un reto como el que plantean las nuevas dimensiones del problema económico no hay que reaccionar con miedo y encogimiento, sino con la ambición de llegar a entender la génesis antropológica de las fuerzas que lo han desencadenado. A lo largo de su ya no corta historia, cuando la Universidad ha tenido que enfrentarse con problemas de este tipo, siempre ha sabido darles solución cuando no ha perdido de vista que la razón de su existencia consiste en poner de manifiesto el grandioso don de la dignidad del hombre. El economista universitario de ningún modo puede esconder la cabeza debajo del ala y dar por supuesto que todo se reduce al cálculo más eficiente en el modo de satisfacer los caprichos y deseos de un extraño e imposible individuo solitario, que supuestamente no tendría relación alguna con la naturaleza política del animal humano. Debe tener claro que no puede vivir de espaldas a los problemas de la sociedad en la que vive, sino que ha de poner todo su empeño para el logro de una sociedad cada vez más humana.



En los siglos XII y XIII, ante lo que se creía una amenaza para el modo de entender la universidad, grandes maestros medievales como Alberto Magno y Tomás de Aquino fueron capaces, con sus vidas y con sus modos de pensar, de convertir esa potencial amenaza en un nuevo y poderoso impulso a las posibilidades del espíritu humano, llevándolas todavía más allá de lo hasta entonces conseguido.

No es aquí ni ahora la ocasión para exponer y comentar los diversos enfoques del problema económico que se han sucedido a lo largo de la historia. Algo que tiene indudablemente mucha importancia, pero solo para los que seáis estudiantes de economía. Solo diré que la economía es, por su propia naturaleza, un saber modesto y prudencial, pero imprescindible para el desarrollo de las otras dimensiones de la vida humana. Con razón decía Aristóteles que la finalidad de la economía es lograr la vida dichosa de alguna comunidad, y de modo principal el de una familia.

También la universidad es una comunidad, y me gusta mucho recordar a los estudiantes que, en toda universidad merecedora de ese nombre, no solo dan clases los profesores, sino los bedeles, las empleadas de la limpieza, los jardineros, etc. Sin subir jamás a las tarimas de las aulas, esas personas enseñan, no con palabras sino con su modo de hacer, la esencia del espíritu universitario: dar con alegría, con la elegancia de pasar oculto, sin esperar ningún reconocimiento.

Lo que acabo de decir no debe tomarse como una mera anécdota edificante o ejemplar: es una confirmación vital de que la creación de riqueza es siempre resultado del don mutuo, de la constitución de una verdadera comunidad humana. En la universidad, que, como dice Sebastián de



Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, es "ayuntamiento de gentes y cosas", resulta imprescindible que profesores, estudiantes y empleados se enriquezcan mutuamente, que seamos responsables los unos de los otros. Si entre todos aprendemos a vivir de ese modo, seremos personas que, estemos donde estemos, sea cual sea nuestra tarea profesional, contribuiremos de modo eficaz a resolver el problema económico de nuestro tiempo.

Solo en un ambiente así será posible que surja una nueva generación de economistas que no sean solo dominadores de técnicas sino que, por encima de todo, sean verdaderos humanistas, es decir universitarios: no solo capaces de analizar sino también de dar sentido a sus propias vidas y a las de los demás.

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega
Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Navarra



